

LOS
QUE
ENCONTRE
EN
EL
CAMINO



MANUEL BRUNET

por CAMILO GEIS, pbro.

El primer recuerdo literario de Manuel Brunet que llama a la ventana de mi memoria, es el título de unas admirables páginas de prosa escritas en plena juventud: «El meravellós desembarc dels grecs a Empúries».

Vicense de nacimiento — había nacido en «La Ciutat dels Sants», a principios del último decenio del pasado siglo — estas modélicas páginas juveniles cuyas se nos antojan un presentimiento del futuro ampurdanés de adopción que fue Manuel Brunet.

Trabé relación con él a través del periodista Joan Costa i Deu: ambos, amigos y compañeros de redacción en «La Veu de Catalunya». A través de dicho periodista, le dí a conocer mis primeras producciones literarias, a la sazón recientemente aparecidas. Al acusar recibo, con encomiásticas palabras, acababa la carta autógrafa — es sin fecha — diciendo: «Compteu-me com un amic. Us hi comptava. Éreu un amic pressentit.»

La guerra civil vino pronto a cortar nuestra relación en ciernes.

Acabada la guerra, nos reencontramos en dos inolvidables circunstancias. La primera fue en la capilla de los Padres Jesuitas de Sarrià (Barcelona) con ocasión de la Primera Misa del P. Juan

B. Bertrán, el inspirado poeta, originario de tierras gerundenses, que el citado periodista Joan Costa i Deu, durante nuestra guerra, residente en Génova, había descubierto en aquella ciudad italiana, donde el P. Bertrán cursaba estudios. Nos reencontramos, en aquella Misa Nueva, Manuel Brunet y yo con Manuel de Montoliu, López-Picó, Saltor y otros que siento no recordar. Aquel día conocí personalmente al P. Bertrán, con el cual había yo tenido larga relación epistolar, durante la guerra (Génova-Lyon), relación que había facilitado el común amigo Costa i Deu. La segunda vez que nos encontramos, después de la revolución de 1936, Manuel Brunet y yo, fue una noche de verano de 1940 en Montserrat. Yo iba con Mn. Baldelló; él, con Luis Millet. Era a la salida de Vísperas. Charlamos de música, de poesía, de nuestros muertos y de nuestros supervivientes de la gran catástrofe que acabábamos de sufrir. Manuel Brunet continuaba siendo el interesante conversador de siempre, entre centelleante y ponderado en sus juicios.

Y ya no le ví más, hasta encontrarnos un día en Figueras, donde residió en los últimos 14 años de su vida.

Como los griegos en Ampurias, Manuel Brunet — «Romano» por seudónimo periodístico y

por indeclinable fidelidad a la Iglesia Romana — «desembarcó» un día en el Ampurdán para quedarse a vivir sus últimos años en Figueras, donde murió la vigilia de Reyes de 1956.

Su cadáver fue trasladado a Castelló d'Empúries, en cuyo cementerio fue sepultado.

Ramón Guardiola, en un artículo en «Vida Católica», de Gerona, titulado «Manuel Brunet y Gerona», ponderó el amor de Manuel Brunet por las tierras gerundenses: su admiración por la Ciudad Inmortal, por sus monumentos, por sus tradiciones, por su triunfal Procesión de Corpus a la cual asistió un año acompañado del citado articulista... Todavía nadie se rasgaba las vestiduras por ciertas manifestaciones «triumfales» — las llaman hoy «triumfalistas» — de nuestra religiosidad popular. La belleza y el encanto de estos «triumfalismos» no herían a la conciencia de nadie, ni menos a la de un hombre tan sencillamente liberal como Manuel Brunet.

* * *

Manuel Brunet fue, por encima de todo, un gran periodista, un periodista de gran estilo, de elevado estilo. Pero su intensa labor periodística no le impidió de escribir libros de tan altos vuelos literarios como «Salteri de la Mare de Déu de Montserrat», «Cada día és festa», y uno de tanta erudición bíblica como «Pàgines de la vida de Jesucrist» que «Ediciones Destino» dio a conocer, en edición póstuma, 5 años después de su muerte. Mientras estaba trabajando en este libro, hizo un viaje por las tierras de Jesús. Pasando por Grecia, fue a Palestina, documentándose sobre los Santos Lugares, y pasó después a Siria, Jordania y Egipto. En Palestina trabó intensa relación con el gran escripturista benedictino Dom Buenaventura Ubach, al cual acompañó en varias excursiones de investigación sobre geografía bíblica. En el desierto de Siria, ambos corren extraviados, en auto, por espacio de una jornada. Finalmente se orientan gracias al encuentro del oleoducto «Pipe-line», que atraviesa dicho desierto. Este viaje al próximo Oriente proporcionó a Manuel Brunet un vastísimo caudal de datos y de experiencias que mucho le servirían a la hora de redactar las citadas páginas de la vida de Jesucristo. Buen compañero en este viaje de inves-

tigación bíblica, fue el autor del libro tan interesante como poco conocido, «El missatge d'Israel», el ilustre capuchino Padre Miquel d'Esplugues.

Sería difícil en este artículo biográfico dar una idea de su intensa labor periodística. Escribió Nestor Luján, a raíz de la muerte de nuestro biografiado, en las páginas de «Destino»: «Manuel Brunet ha sido un gran escritor, un periodista modélico. En nuestras páginas ha dejado centenares de artículos extraordinarios con su pseudónimo «Romano», otros bajo su nombre. Escribiendo, Brunet, tuvo el don de la claridad expresiva, que es cualidad rara y preciosa. Tuvo también otra cualidad difícil: el entusiasmo. Ambas formaron su estilo, dura y luminosamente, de una facilidad única. Viéndole escribir, nos dábamos cuenta de su difícil facilidad: volaba su pluma en las cuartillas, y quedaba su letra, rápida y separada, tan personal, en línea de combate sobre el papel. Ver escribir a Manuel Brunet, con su delicada nerviosidad y aquella fugitiva sonrisa en los labios, era ya una plena lección de las muchas que nos dio en su vida. Como periodista, era rápido y claro, maestro del concepto y de la forma: sus artículos salían intocables de su pluma.»

Colaboró en muchos periódicos y revistas, y, en algunos, fue redactor. A vuelo pluma citaremos: «Las Noticias», «La Publicitat», «La Veu de Catalunya», y, posteriormente, en «Destino», el prestigioso hebdomadario barcelonés que, a su muerte, le dedicó interesantes artículos, debidos a esclarecidas plumas de nuestro mejor mundo periodístico.

Ex-seminarista de Vic — su adolescencia se forjó en aquel Seminario, en la gloriosa época del Obispo Torres i Bages —, nunca desmintió su procedencia.

Nos recuerda el Dr. Antoni Griera, en sus **Memòries**, que Manuel Brunet, todavía seminarista adolescente, había escrito y publicado ya una vida de Jaime Balmes.

Con motivo del Congreso Eucarístico Internacional, se desplazó a Barcelona — vivía entonces en Figueras — para ponerse al frente de la redacción de PAX. Acabado el Congreso y cumplida su misión en las páginas de dicha publicación interina, vuelve a Figueras, donde se reincorpora a sus habituales tareas. Alterna su co-

laboración semanal en «Destino», de Barcelona, con la colaboración en «Canigó», de Figueras, y en «Vida Parroquial», de la misma ciudad ampurdanesa, a la que remozó y dio nuevo impulso.

Nada de lo ampurdanés le fue ajeno. Escribió Juan Subías Galter, en «Canigó», a raíz de la muerte de nuestro escritor: «Sintió veneración sin par por templos, claustros, portadas y mobiliario litúrgico, en general, y por todo cuanto encarna tradición artística vernácula. Y este su afán y sus fogosos entusiasmos, se teñían de ternura al evocar sus temas predilectos. Sintió fervores restauratorios de Sant Pere de Roda, se entusiasmó ante las piedras redivivas de Vilabertrán, y guardó su emoción más profunda para los mármoles sutilmente labrados de Castelló d'Empúries, su segunda patria, la de adopción».

Una anécdota relacionada con el templo catedralicio de Castelló d'Empúries nos dice con sencilla elocuencia su profundo fervor de periodista católico. La contaba Ignasi Agustí, en «Destino», en un interesante artículo necrológico.

Decía: «Contaba mosén Pujades, en el hermoso discurso funeral que pronunció en el entierro de Brunet, que unos amigos regalaron a nuestro gran maestro, hace pocos años, una pluma estilográfica que viniera a sustituir la enorme pluma amarilla de la época de su lucha anterior a la guerra. El regalo era oportuno, puesto que la vieja pluma de Brunet, gastada por tanta labor, era ya un instrumento deteriorado y de di-

fícil manejo... Pues bien, ya aceptado el regalo, Manuel Brunet quiso que su nueva pluma fuera bendecida. Pero, sin tiempo para hallar a un sacerdote que efectuara el rito de la bendición, y puesto en situación de tener que estrenar la pluma, Manuel Brunet se fue a la Catedral de Castelló y metió la pluma, por las buenas, en la pila de agua bendita.»

Registrando papeles, antes de ponerme a redactar este artículo, vino a mis manos un magnífico opúsculo que el «Patronat d'Estudis Ause-nenses», de Vic, repartió a sus miembros y simpatizantes, en calidad de «cristmas», en las fiestas navideñas de 1954, en el que se reproducían dos largos «cantos» del poema «Somnis entre palmes», de Mosén Ramón Garriga, titulado «Nit de Nadal» y «Nit de Reis», precedidos de un sustancioso prefacio de Manuel Brunet, en el que estudiaba la personalidad literaria del popular autor del citado poema, conocido por «L'Ermità de Samalús», y aprovechando la oportunidad para teorizar sobre poesía y hablar de los falsos derroteros que emprendía en nuestros días.

Dicho prefacio, titulado «Història d'aquest cristmas» es un bello exponente de sus equilibradas ideas estéticas y de la profundidad de su sentido crítico. Escrito dos años antes de morir, se me antoja ser uno de los mejores de sus últimos artículos — tal vez el mejor, quien sabe si el último —: admirables páginas testamentarias de su «credo estético».